

## Breviario de una crisis

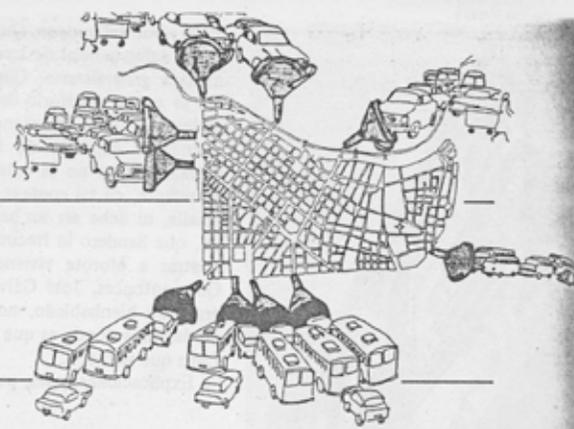


Foto: María Cecilia Piazza

Terminar un largo estudio sobre Lima central (1), que propone identificar causas y no sólo efectos de los problemas, lo deja a uno con un sabor a frustración, que tiene varias causas y hasta algunas explicaciones. Estas últimas tienen mucho que ver con la pobreza y el tercermundismo, que Lima evidencia con patetismo creciente. Cómo argumentar arreglos, desde el urbanismo, al "desborde" (Matos Mar); cómo especular sobre la reversión posible de un proceso que la vuelve acumulativamente "horrible" (Salazar Bondy y, antes, César Moro), por su deterioro y su degradación; aquello que he llamado *sobre-utilización*. Lima central es hoy un limón de emolientero, sin jugo ni resistencia.

El proceso está descrito con detalle y aquí no cabe, por complejo. Pero, yendo rápido, puede relatarse rápidamente esas causas. Que la metrópoli usa desmedidamente el Centro, causándole problemas enormes desde fuera, que se suman a los internos. Que 2 de cada 3 vehículos que ingresan a él, están allí porque les es inevitable y no porque lo quisieran. Que 4 de cada 5 microbuses de toda Lima lo usan, sin otra lógica posible que la de llenarse ineficientemente y defenderse así de tarifas inviables. Que los inquilinatos desactualizados han depreciado al-

(1) "PLAN DEL CENTRO DE LIMA", documento encargado por la Comisión de Regidores del Cercado, auspiciado por el Invermet, en el que he actuado de urbanista responsable. Está en curso de publicación y difusión. Servirá de base a acciones y obras a emprender ahora.



"Lima evidencia con patetismo creciente la pobreza y el tercermundismo."

quieres hasta el punto de anular el interés de propietarios e inquilinos por preservar y dar mantenimiento a estructuras febles y, por su abandono, caedizas. Que la centralidad persiste, aunque empobrecida, y que por ello el espacio físico está activado económicamente y se usa para vender y dar servicios, como fuente de supervivencia. Que, entonces, se acerca al Centro, como a un imán, la población subempleada, acumulándose en tugurios. Que existe así un proceso de sucesivas instituciones sociales, las que comenzaron cuando Leguía, con la emigración de los más solventes, continuó hace algunas décadas ya con sectores medios, y se juega hoy



"Lima central le ha importado poco a los políticos y gobernantes de todos los colores."

en el nivel del lumpen. Que el fenómeno delincencial de La Parada amenaza generalizarse. Que el Centro se vuelve territorio de parias y maleantes, por no mencionar el abundante capítulo de los locos desnudos. Que no es entonces sorprendente, en tal contexto de marginalia, ni debe ser un hecho aislado, que Sendero lo frecuente y encontrar a Morote viviendo en él. Que, entonces, José Gálvez, quien era muy bienhablado, no terminó de decirnos dónde es que se iba esa Lima que se fue. . .

Explicaciones, pues, pueden dar-

el espacio habitado

ros de Teófilo Castillo, antes que de la realidad, y es de ningún tiempo, parálitica y detenida. A partir de allí se quiere a veces aislar trozos de ciudad, y una vez amputados, sustituir la realidad, problemática y compleja, por ellos. Lima como fuego artificial o como delirio tras una tranca con algarrobina.

Y en la vera opuesta hay visiones para las cuales la Lima histórica ni interesa ni existe. Abunda quien no

Foto: María Cecilia Piazza



"Lima central es hoy un limón de emolientero, sin jugo ni resistencia."

se y creo aportar varias. Pero, ¿en qué radicaría la frustración? En la poca presencia de este problema en el debate y las preocupaciones cotidianas. En la resignación de Job con que los limeños corporativamente hemos aceptado este acumulativo sino, como si no fuera posible otro. Como si todos aceptáramos que ya Lima se fue allí donde no nos dijo Gálvez.

Somos en realidad una ciudad de identidad y conciencia tráfugas, recubiertas con frecuencia con mentiras impunes. Hay varias. Una es la que postula a Lima como un sueño congelado e indigesto, abundante en calesas, balcones y pelucas. Esa idea de Lima se sostiene de los cua-

va al Centro jamás y hace de eso ideología; quien se avergüenza de que Lima no sea Caracas, o Miami, o Buenos Aires, o Dallas o, peor aún, San Borja. Siendo que aquellas ciudades que pudiera compararse son menos ciudad que Lima, aunque menudeen en confort. Abundamos así en limofobos y hasta en limofágicos.

Entre éstos estuvieron nuestros urbanistas modernos, incluso aquellos que es práctica común reverenciar, en esta ciudad tan parroquiana como desmemoriada. La ONPU, por ejemplo, nuestros primeros urbanistas, proponía en los años 40 y 50 demoler Lima central y hacer allí bloques funcionalistas y calles an-

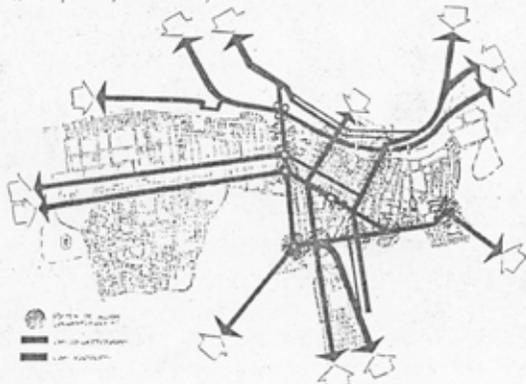
chas, y uno que otro botón de muestra de arquitectura tradicional. Para ella no había valor en el tejido urbano, ni en la arquitectura anónima (que es probablemente, la mejor de Lima). Y por tanto la destrucción sistemática de Lima tuvo teoría que la apoyase; aunque objeciones puntuales. Lima, pues, se ha malquistado consigo misma, padece de esquizofrenia, de mala conciencia, de afán de otredad y, peor aún, de imitación.

Otra constatación de la misma suerte es que Lima central le ha importado poco a políticos y gobernantes, de todos los colores. No se ha madurado una relación cabal con ella; se le tiene una versión enloquecida del Edipo: además de violar; matar a la madre. Suponiendo, claro, que Lima sea femenina, lo que parecemos creer todos, incluyendo al escultor que la concibió provista de una belleza asentada y

inversionistas inmobiliarios prefieren áreas más fáciles y simples: los terrenos a campo traviesa. Se desaprovecha así, o queda librado al subestándar, todo el escenario central. Y allí, ideas inquisitoriales de arquitectura (INC-isitoriales), han estereotipado recomendaciones, causando una arquitectura contrahecha. Ni los colores, que vitalizaron la ciudad y la cargaron de significados, van quedando. Se pinta ahora mejor que antes, y acusando rasgos arquitectónicos, pero en tonalidades de párroco afónico.

Total, la Lima que queda es una de cambistas, de veredas incaminables, de suciedad irreductible, de hoteluchos y cantinas ya sin aserrín, de trámites, de paraderos, de películas infames, de academias de oratoria, karate y relaciones públicas, de multitudes a toda hora, de riesgo e inseguridad, de dejadez y abandono, de periódicos extranjeros

El uso del centro para el transporte de una gran parte del personal administrativo



maternal, saludando al Almirante Petit Thouars, a la altura de Radio Nacional.

Y es así que hay un discurso de izquierda que la confunde con un barrio de marqueses y se adorna despreciándola, ignorando con torpeza que allí viven sectores populares y medios empobrecidos. Hay centristas y derechistas que prefieren apostar a lo tecnócrata, que queda en otros barrios, y entonces no se reconocen aquí. Nuestros intelectuales nocturnos prefieren Barranco; que de acuerdo a Eguren y Adán es bucólico; pero también nórdico. Y viven así con pretensiones de una limeñez afectada y elitista, de poco asidero. Y los pocos

baratos, pero viejos de un mes y medio, de restaurantes envilecidos, de piquetes de seguridad, Rochabús, salchipapas, choripapas y pavi-papas.

Retroceden en su digna batalla, con heroísmo que nadie celebra, ciertas butifarras y vinitos, algunos librerías, bodegueros trastenderos, fruterías y juguerías, cafés en decaimiento. Y deambulan por todo el Centro sus pobladores, maltratados y asediados, quienes sin embargo preferirían quedarse (3 de cada 4, según una muestra seria), mientras puedan y su integridad esté a salvo. Mientras todo no se vaya donde Gálvez no dijo.

Dicho todo lo anterior, y descar-

gado mi hígado con toda legitimidad, sostengo —ingenuamente— que hay soluciones urbanísticas y de mejoramiento de la calidad de vida.

Lo primero es establecer que *graves problemas del Centro están causados fuera de él*. Debe redefinirse las relaciones entre el Centro y la ciudad y priorizar las obras que hacen eso mismo. Además, debe recuperarse el río para la ciudad y no para sus desechos y residuos. Actuar sobre sus márgenes de tierra baldía, lo que es tan abundante como inútil hoy. Articular, con el río y sus márgenes como eje, toda la ciudad vieja, desde el Cementerio hasta Monserrat, dándole a Lima aire, verde, vida.

Debe actuarse sobre los espacios públicos, revaluándolos como inyectores de procesos espontáneos. Debe colorearse y no decolorar la ciudad; porque esto es Lima y no Florencia, París o Buenos Aires. Debe actuarse en consenso con los vecinos, a partir de los barrios, para canalizar iniciativas. Debe crearse brigadas de mantenimiento y desinfección de plazas y espacios públicos; pero también actuarse sobre el transporte público que causa y concentra el deterioro sobre ellos. Disciplinarse el tráfico y el transporte, disminuidos al extraer el inútil. Y crearse un Fondo de Renovación Urbana para abordar el tema del turgio en una forma que pueda ser autosostenida y no epistémica. Etcétera, etcétera (ver el estudio).

Acciones de ese calibre —que podrían merecer acuerdo multipartidario y proyectar su materialización a otras administraciones, pueden enfrentar la crisis de Lima central. Esta es tan grande que no deja alternativa. O se afronta o se acumula de modo de caérsenos encima con ciudad y todo.

Corresponde al Municipio, quien comisionó este estudio revelando su preocupación por el problema, optar y cambiar este hábito adquirido por la ciudad y sus autoridades, centrales y municipales, de soplar la pluma. Los niños de hoy heredan una ciudad violenta, violada, inválida, invivible; como no sea a la defensiva. Una Lima de miedos y des-pertenencias, de abandono y desidia, que va para peor.

No nos merecemos esa suerte.